

## Homilía en la fiesta de San Ramón, obispo y patrón de la Diócesis

21 de junio de 2009

Queridos sacerdotes, queridas autoridades, queridas damas de honor, infantiles y juveniles, queridos hermanos todos en Jesucristo nuestro Señor, que participáis en esta Eucaristía de la fiesta de San Ramón, nuestro patrón.

Muchas cosas me impresionan en la vida de San Ramón del Monte. Tuvo que afrontar días malos, situaciones difíciles, sufrimientos sin cuento, dificultades y severas persecuciones hasta el punto de ser desterrado. Especialmente dolorosa fue la furia de los invasores, que asesinaron y llevaron cautivos a muchos barbastrenses. A todo hizo frente San Ramón con una entrega generosa en el cumplimiento de su deber, como buen pastor de su Diócesis, siendo siempre fiel a lo que Dios le pedía

San Ramón se sintió íntimamente vinculado con la sede barbastrense y comprendió su valor estratégico para la defensa de la fe. Él decía: «También conviene que sepáis que la ciudad de Barbastro está puesta cual muro de defensa de toda nuestra patria. Porque si esta ciudad quedase despoblada y fuese entregada a los sarracenos, lo que no es de creer, sería también innumerable la multitud de cristianos que fueran entregados a la cautividad y muerte, y muchos los pueblos y villas que de aquí serían devastados y entregados a los sarracenos».

Su estrecha vinculación con Barbastro, su pasión por todo lo que tenía que ver con los cristianos y los vecinos de Barbastro, nos ayuda a comprender la angustiosa, dramática más bien, situación que vivió al ser expulsado y desterrado violentamente de la Ciudad y de la Diócesis.

La tradición dice que salió de Barbastro por el lugar denominado *Riancho*; que atravesó el río *Vero* por el puente de la *Misericordia*, en las proximidades de *San Hipólito*, y que tomó el camino del *Pueyo de las forcas*, que es el monte donde hoy se levanta su ermita.

Desde este altozano contempló la ciudad, lloró sobre ella y la bendijo. Me resulta particularmente conmovedora esta imagen de llorar sobre la ciudad, como lo hiciera también Jesús de Nazaret sobre Jerusalén. Este llanto le acompañó durante su estancia en Roda, donde no se hartaba de llorar.

Las personas que aman, lloran, a veces con gemidos inenarrables, cuando ven a sus seres queridos en situaciones difíciles o dramáticas. Lloran los padres, lloran los esposos, lloran los novios, lloran los sacerdotes, llora el Papa. No siempre las lágrimas se deslizan por las mejillas, pero sí por el corazón. Hay lágrimas más profundas y más dolorosas que las que saltan de los ojos.

Para mí han sido particularmente dolorosas las lágrimas del papa Benedicto XVI en su reciente viaje a África; su sufrimiento por la forma como algunos interpretaron sus palabras sobre el sida a propósito de la pregunta de un periodista, sacándolas de contexto. Publiqué un breve artículo sobre este tema en *El Cruzado Aragonés* y ofrecí el texto íntegro de las palabras del Papa para que se supiera lo que realmente había dicho.

Los africanos, que sufren la explotación de empresas multinacionales y estados occidentales, que sin escrúpulo alguno se llevan sus riquezas naturales, no han caído en la trampa de algunos de nuestros políticos y profesionales de la información a propósito

de las declaraciones del Papa. Todo lo contrario; han reaccionado contra el secuestro y manipulación de sus palabras. Dice un camerunés, conocedor y defensor del pueblo africano, sobre este asunto: «Los manipuladores han utilizado la más vieja técnica: separar extractos de su contexto original y después cargarles contenidos diferentes y erróneos; y manejarlos como palabras del Papa».

Ellos, los africanos, saben que el Papa fue a hablar de justicia y de reconciliación, porque es lo que verdaderamente necesitan. Pero a quienes los explotan no interesa que se hable de injusticias y expolios del pueblo africano. Prefieren desviar la atención y no afrontar los graves problemas de África, un continente con abundante riqueza natural —diamantes, petróleo, oro y otros valiosos recursos—, que progresivamente se va empobreciendo por el expolio del que es objeto, mientras sus habitantes son azuzados para que se enfrenten entre ellos después de dotarles de moderno armamento para que se maten.

El Papa ha querido palpar los problemas que verdaderamente preocupan al pueblo africano. Y ha afrontado el problema del sida diciendo que no puede resolverse sólo con profilácticos; que es necesaria la humanización de la sexualidad, además de ofrecer los cuidados apropiados a los que ya han contraído la enfermedad. Y como prueba de ello, ahí están los hijos de la Iglesia —religiosos, misioneros, sacerdotes, laicos— acompañando y cuidando con cariño a estos enfermos.

Los africanos, dice el camerunés al que antes me refería, no necesitan potencias exteriores colonizadoras, que dicten al Papa lo que tiene o no tiene que decir. Los africanos están agradecidos a la Iglesia porque a través de sus misioneros y de sus comunidades locales, la Iglesia atiende las necesidades más urgentes de la población, entre ellas el problema del sida.

Siempre hay una pregunta que algunos de esos críticos hubieran debido responder antes de lanzarse sobre el Papa: ¿por qué Occidente no facilita a precios asequibles las vacunas contra la malaria o el paludismo, que son las principales causas de muerte en África?

También entre nosotros hay personas que lloran. Lloran muchos padres porque ven que el camino que llevan sus hijos no es el que les conducirá a su verdadera realización y a ser felices. Lloran los esposos que perciben que su amor se está resquebrajando. Lloran los hijos que sufren las consecuencias de la separación de sus padres. Lloran los trabajadores que han ido al paro o ven peligrar su puesto de trabajo. Lloran los parados a los que se les está acabando la prestación por desempleo. Lloran los nuevos pobres, a veces matrimonios jóvenes, que tienen que pedir alimentos a Cáritas porque la crisis económica los ha dejado en una situación imposible. Lloran las madres que, inducidas a evitar un embarazo no deseado mediante el aborto, adoptan el peor de los remedios: eliminar al hijo que llevan en sus entrañas. Lloran no pocos ancianos que viven su vejez en dolorosa soledad. En nuestra sociedad también se sufre y se llora. Aunque no tanto como en África o en Asia, donde, además de llorar, se muere de hambre.

Sigamos el ejemplo de Jesús que, compadecido de las gentes, se acercó a los que sufrían y curó sus enfermedades y dolencias, mientras interpelaba a sus discípulos para que entraran a ser parte de la solución aportando lo poco que tenían en sus manos, cuando les dijo: «Dadles vosotros de comer». Hay gente que ante la situación que vivimos ha tomado la decisión de compartir un porcentaje de sus ingresos con los que

pasan dificultades; hay voluntarios de Cáritas que multiplican sus horas de servicio para escuchar, atender y acompañar a tanta gente que sufre.

Es aleccionador el carisma de Teresa de Calcuta acogiendo a los más pobres de la ciudad: *El hombre abandonado por la calle —decía ella—, el hombre a quien recogimos de las calles de Calcuta, era Jesús disfrazado bajo sus semblanzas. El Jesús que tiene hambre. El hombre que al ser llevado con cariño a la Casa del Moribundo, medio comido por los gusanos, murmuró: “he vivido como un animal por las calles, pero voy a morir amado y rodeado de cuidados”. Y así murió, y regreso a su hogar, cerca de Dios: ese era Jesús bajo el disfraz del pobre.*

Quiero agradecer a todos los que habéis incrementado vuestras ayudas ante la avalancha de peticiones que recibe Cáritas. Y pido a San Ramón nuestro patrono, que nos conceda un corazón capaz de compadecernos de los que sufren, capaz de amarles como Dios quiere que sean amados, y capaz de trabajar por un sociedad más justa que afronte los problemas en su raíz, que trabaje por los auténticos valores que sacian y dan la plena felicidad al ser humano, porque una sociedad con valores es una sociedad con futuro.